



volucion, el pequeño número de individuos salvados de ella se ha repartido y propagado sobre los terrenos nuevamente puestos en seco, y por consiguiente, que desde esta época nuestras sociedades han vuelto á tomar una marcha progresiva, han formado establecimientos, elevado monumentos, recogido hechos naturales y combinado sistemas científicos (1).» Así pues, Moisés y los pueblos, y la tierra y la mar, las ciencias y las artes, todo nos atestiguan el cumplimiento de esta palabra dicha al primer Noé: *Yo los destruiré con la tierra* (2).

(1) Discursos sobre las revoluciones de la superficie del globo, por M. Cuvier.
(2) Gén., 6, 13.

Todo nos garantiza también, por este mismo concepto, el cumplimiento de esta otra palabra dicha á otro Noé, al piloto de la segunda arca, al príncipe de los Apóstoles: *Los cielos que son ahora y la tierra por la misma palabra se guardan reservados para el fuego en el día del juicio; los elementos se fundirán con el ardor del fuego; y habrá nuevos cielos y una nueva tierra, donde habitará la justicia* (1). Colocados entre estas dos formidables catástrofes, aprovechámonos de la primera, para que no nos veamos envueltos por la segunda. Esta es la conclusión que saca San Pedro.

(1) 2 Pet., 3.



CAPÍTULO II

Confusion de lenguas.—Dispersion de los pueblos.—Abraham, Melchisedech y los demás Patriarcas.—Isaac, Jacob y José, Ismael, padre de los árabes.

Una nueva edad comienza para el género humano. Desde Adam hasta Noé, era un niño bajo el régimen paternal; en este período no se ve nación ni reino; era una sola familia. Desde Noé hasta Jesucristo es abandonado el género humano en cierta manera á sí mismo, para que se haga prudente bajo el recordamiento de sus propios extravíos; en este período, no solamente se ven familias, sino pueblos é imperios; sobre todo, se ve un imperio universal, nacido en Ninive y en Babilonia, pasar sucesivamente de los asirios á los medos y á los persas, de los medos y de los persas á los griegos, y de los griegos á los romanos. Desde Jesucristo hasta el fin del mundo, el hombre, aprovechándose de sus faltas pasadas, así como de las nuevas y más abundantes gracias de Dios, se acercará más y más á la madurez de la sabiduría. En este período habrá siempre familias, pueblos é imperios; pero imperio universal no habrá más que el de Jesucristo, que abrazando todas las naciones en la misma fe, la misma esperanza y la misma caridad, coronará la variedad de las familias y de los pueblos, por la unidad primitiva de la Iglesia universal.

Dios, que forma esta obra de los siglos, procede con orden y medida. Cuando Cristo escogió doce hombres para dar la última mano, no les tomó desde su nacimiento, sino en una edad en que conocían ya todas las miserias de la vida; no les enseñó desde el primer día todos los misterios de su doctrina; les decía despues de tres años: «Tengo aún muchas cosas que decir, pero no podeis llevarlas ahora (1).»

(1) Joan, 16, 12.

Despues de estos tres años de instruccion, no habia hecho aún hombres perfectos, les habia sufrido muchos defectos; sufrió además que uno de ellos le entregase, le negase otro y que todos le abandonasen en el momento crítico. Quería enseñarles á no contar con sus propias fuerzas, sino únicamente con Dios; á ser misericordiosos con los demás, como Dios lo habia sido con ellos. Ahora bien: lo que Cristo ha hecho en la educacion de sus apóstoles, lo hace en la educacion del género humano. Proporciona instrucciones y gracias, castigos y recompensas, á la edad, á la capacidad, al progreso. En la mano de este hábil instructor, todo, hasta las faltas de su discípulo, sirven para formarle. Así, habiendo sido llevado el género humano al fin de su primera edad hasta los más graves desórdenes, Dios le castigó rudamente por el diluvio, no sólo para hacerle sufrir la pena, sino para corregirle, para debilitar en él la propension al mal y fortificar la inclinacion al bien. Hay más: Dios iba á emancipar en cierta manera á este tigre de los siglos, iba á permitirle, aun ordenarle, salir de la familia y marchar por toda la tierra para crear grandes imperios; le era necesario un freno para no abusar de esta libertad nueva; este freno debia ser el recuerdo siempre presente de la terrible correccion que acababa de experimentar. Así, hemos visto que este recuerdo se ha perpetuado hasta los últimos tiempos entre todas las naciones.

Los hijos de Noé, Sem, Cham y Jafet, tuvieron todos tres numerosos descendientes. Estos hombres tenian todos la misma lengua y las mismas maneras de hablar. Se dirigieron desde luego, segun parece, hácia el Oriente.



Una vez llegados á la inmensa llanura de Senaar, que riega á la vez el Tigris y el Eufrates, en ella fijaron su morada. «Vamos, dijeron ellos, hagamos ladrillos y cozámosles al fuego. Venid, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, antes de esparcirnos por todas las tierras (1).» Trabajaron inmediatamente con ardor, sirviéndose de ladrillos en vez de piedras, y de betun en lugar de argamasa. Su principal deseo parece haber sido permanecer juntos. La ciudad debía ser su centro comun, y la torre un faro para reconocerse en las inmensas llanuras que dominaban. Pero esta union no podia ser duradera sin un nombre propio que la consagrara para siempre. Procuraron, pues, unirse. Vamos á ver qué nombre les dió Dios.

Y descendió el Señor, para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Noé. Y dijo: «Hé aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo; y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de todo lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra. Venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero.» Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de todas las generaciones; y desde allí los esparció el Señor sobre la haz de toda la tierra.

Dios que les habia asegurado contra la vuelta de un nuevo diluvio, queria que se separasen para ir á poblar el universo, multiplicarse más y corromperse ménos.

Los hombres lo sabian, y querian en cierta manera sustraerse: levantémos un monumento antes que seamos dispersados sobre la tierra. Su indocilidad fué castigada, y el premio que ambicionaban fué un gran castigo, que les obligó á hacer lo que Dios queria que hiciesen. Esta pena dura aún en el mundo; la confusion de lenguas y de ideas divide todavía á los pueblos y á los individuos. Sólo la Igle-

(1) Gén., 11.

sia puede reunirles. Allí, como en el cenáculo de Sion, las lenguas aparecieron distintas, aquí todos los fieles, no teniendo más que una misma fe, un pensamiento, creyendo y diciendo todos la misma cosa, sus lenguas, diversas en la forma, no constituyen más que una en el fondo.

El recuerdo de la torre de Babel y de la confusion de lenguas, se encuentra en todas las antiguas tradiciones. Eupolemo, citado por Alejandro Polyhistor, contaba que la ciudad de Babilonia, y esta torre tan célebre por todo el mundo, habia sido construida por gentes escapadas del diluvio, y que habiendo sido derribada esta torre por el poder de Dios, las gentes se habian dispersado por todo el país (1). El mismo Alejandro citaba tambien las palabras de una sibila, donde dice que no teniendo todos los hombres más que una misma lengua, muchos de ellos construyeron esta elevada torre para subir al cielo; pero que un Dios todopoderoso destruyó esta torre por una tempestad, y dió á cada uno lenguaje particular, y por esto la ciudad fué llamada Babilonia (2). Abydeno decia en su historia de Asiria: se dice que los primeros hombres, envanecidos de su fuerza y de la magnitud de su estatura, quisieron hacerse superiores á los dioses, y que trataron de elevar una torre de una altura desmesurada en el lugar donde hoy está situada Babilonia; que esta torre se acercaba al cielo, hasta que los vientos, viniendo en auxilio de los dioses, hicieron caer esta masa enorme sobre los arquitectos; que las ruinas sirvieron para construir á Babilonia, y que los dioses hicieron entonces diversa y discordante la lengua de los hombres, que habia sido una hasta allí (3). Los poetas griegos y latinos han hecho de esta historia la fábula de los Titanes, que acumularon montañas para escalar el cielo, hasta que el señor del trueno destruyó con su rayo á ellos y á su obra.

Pero lo que admirará más, es que esta tra-

(1) Euseb., *Præd. ev.*, lib. IX, cap. XVII.

(2) Euseb., *Chronic.*, lib. I, cap. IV. *Et apud Syncel.*

(3) Euseb., cap. VIII.



Estab. tip. de M. Ica y Reig.

Estamp. por E. Reig.

CONFUSION DE LENGUAS Y DISPERSION DEL GÉNERO HUMANO EN LA TORRE DE BABEL



dición se encuentra también hasta nuestros días en América. No sólo está esculpida en sus pinturas geroglíficas, sino que todavía se ven torres semejantes á la torre de Babel, tal como nos la describen Herodoto y Strabon; pirámides inmensas con muchas hiladas decrecientes. Hablando de la que existe entre los indios de Cholula, y que excede en altura á la tercera pirámide de Egipto, un sábio moderno que ha estado sobre estos lugares, cita su tradicion geroglífica del diluvio, segun la cual esta pirámide habia sido construida con ladrillos, por siete gigantes que habian quedado de los que existian antes. «Los dioses, se dice, vieron con enojo este edificio, cuya cima debia tocar las nubes; irritados contra la audacia de Xelhua, lanzaron fuego sobre la pirámide; muchos obreros perecieron, la obra no fué continuada, y se la consagró despues al dios del aire (1).» Hé aquí, sin duda, una concordancia bien singular. Añadamos otra tradicion americana, segun la cual, despues del diluvio los hombres eran mudos, y una paloma les distribuyó las lenguas desde lo alto de un árbol, pero lenguas tan diversas que no podian comprenderse los unos á los otros, y tendremos en los geroglíficos del Nuevo Mundo una página de la Biblia.

En muchas de estas tradiciones se habla de la Divinidad en número plural. Los autores que se expresaron así, como escribieron bastantes siglos despues del suceso, y en países donde reinaba la idolatría, participaron de estas ideas muy inexactas. Se lee en la Escritura: «El Eterno ó Jehová dijo: Venid, descendamos, confundamos su lengua.» Al mismo tiempo se escribe que Jehová ó el Eterno descendió. Lo cual deja entender que la persona que habla y aquellas á quienes habla no son más que el mismo Jehová. También los Padres de la Iglesia y los mejores intérpretes, han entrevisto en este lenguaje la trinidad de las personas divinas (2). Algunos autores, que no han leído tan de cerca estas palabras de Moisés, las han explicado fácilmente de una manera poco

justa. Sus expresiones serán verdaderas al pié de la letra, si se supone con algunos que Dios hablaba á los ángeles, que algunas veces son llamados dioses en la Escritura. Pero esta interpretacion nos parece poco fundada; más de una vez se ve á Dios mandar á sus ángeles como á sus ministros, pero en ninguna parte se le ve asociarles como semejantes suyos.

Sea lo que quiera de estas explicaciones, siempre resulta que Dios castigó la presuncion de los hombres que querian fundar una ciudad, un imperio sin él, y aun contra él. Pero como siempre, este castigo era al mismo tiempo un beneficio, puesto que enseñó á todos los mortales que, si el Eterno no construía la casa, en vano trabajarían los que la construyesen; que si Jehová no guarda la ciudad, en vano velará el que la custodia (1); que, en fin, no hay sabiduría, ni consejos, ni prudencia contra Dios (2). Esta leccion no fué perdida. Vemos á todos los antiguos comenzar sus empresas por invocar la Divinidad; toda la antigüedad nos dice por boca de Platon: «Es una verdad inconcusa que, si Dios no ha presidido al establecimiento de una ciudad y no ha tenido sino un principio humano, no puede librarse de las más grandes desgracias (3).» Este castigo era además otro beneficio. Si la masa de los hombres se hubiera concentrado en las llanuras de Senaar, se hubiera multiplicado mucho ménos y corrompido mucho más. El resto de la tierra, abandonada y sin cultivo, se hubiera cubierto de pantanos infectos y de espesas selvas; los animales feroces hubieran sido los dueños. Introduciendo entre los descendientes de Noé la diversidad de lenguas, Dios les obligó á separarse los unos de los otros, y á separarse por familias y por dialectos, para ir á formar una patria en otra parte. Hé aquí cómo en la segunda edad del mundo el Dios Minos creó los pueblos; hé aquí cómo les envió por toda la tierra para ocuparla y cultivarla. ¡Cuán grande se muestra en la Historia la providencia de Dios!

En la tercera edad, cuando haya comuni-

(1) *Vues des cordillieres*, por M. de Humboldt, t. I, p. 96 y 114.

(2) Estius, Menochius.

(1) Ps. 126.

(2) Prov., 21, 30.

(3) Plat., *De legib.*, t. VIII, edit Bip., pág. 180.